

Enjabone, enjuague y repita (rinse and repeat)

Cecilia se sentía como el océano. Veía todo a través del brillo diáfano de las olas; ondulada y borrosa, su visión y ella misma cambiaba constantemente. Nunca, en ninguna de sus escapadas al mar, había logrado tocar el suelo. Así que sin tener muy bien de dónde asirse, sin el sostén de la gravedad o de la razón, sólo podía flotar.

Le habían criado inculcándole una profunda reverencia hacia los espíritus, y sabía que los espíritus no podían detenerse. No podía ignorar a esa fuerza del más allá que la convocaba. Era ese jalón constante, que sentía debajo de las costillas pero cerca al corazón, lo que la impulsó a empacar su maleta a toda prisa y sin que nadie escuchara.

Los espíritus la llevarían con bien, eso estaba claro. Se cruzó una vez en el pecho y dos en la frente, y como si le exigiesen un santo y seña sus Ancestras, antes de salir miró durante un instante más la estampita de Santa Lucía que reposaba en la estantería de la cocina, recordando siempre que las Ancestras confiaron en ella. Y ahora se entregaba en cuerpo y alma a su protección. En silencio rezó, suplicando a la santa que agudizara su mirada. Apagó la llama, aferró con fuerza la maleta, y salió.

...

¿Que empaca uno para viajar al fin del mundo? O más bien, ¿qué necesita uno cuando se acaba el mundo? Cualquier persona sensata guardaría algo que permitiera prolongar la vida, o quizás morir con dignidad, algo útil, imprescindible, necesario y pertinente: enlatados, cianuro, dinero, pasaportes.

Pero Cecilia jamás fue sensata. Ante la posibilidad de una bomba nuclear, sólo se le ocurría empacar una visera que combinara con sus gafas de sol, para disfrutar el brillo descontrolado de la fisión atómica como si fuera a broncearse en la playa. O incluso, tentada por la idea de desaparecer, sólo pensaba en comprar 100 girasoles, cada uno más largo que el anterior, para marcar su rastro no con migas de pan, sino con pétalos y hojas y tallos y una pizca de poesía y desesperación. Si se iba a desvanecer, lo haría con estilo.

Y eso explicaba la extraña combinación de objetos que cargaba consigo. Unas tijeras de tela que cortaron de todo, menos tela; una botella de aceite de nuez, jamás abierta pero siempre en el gabinete más taquillero de la cocina; una abeja congelada en ámbar, por si las moscas; un saco roído que nadie nunca supo de dónde salió -o más bien, de dónde emergió- y una postal de aquella curva donde conoció a Miguel.

Los antropólogos del futuro se reirían al ver que esta absurda mujer empacó exclusivamente objetos ridículos antes de desvanecerse. Pero era lógico. El agua lo distorsionaba todo. A la distancia, a lo lejos, en el futuro, Cecilia no veía más que manchas y curvas y quizás algunos peces. ¿O eran tiburones? Nada era claro, excepto que presentía con certeza que se disolvería, suspendida sin remedio, para finalmente acercarse a esa voz ancestral que le picaba el corazón y le jalaba las mechas.